

Viveca STEN

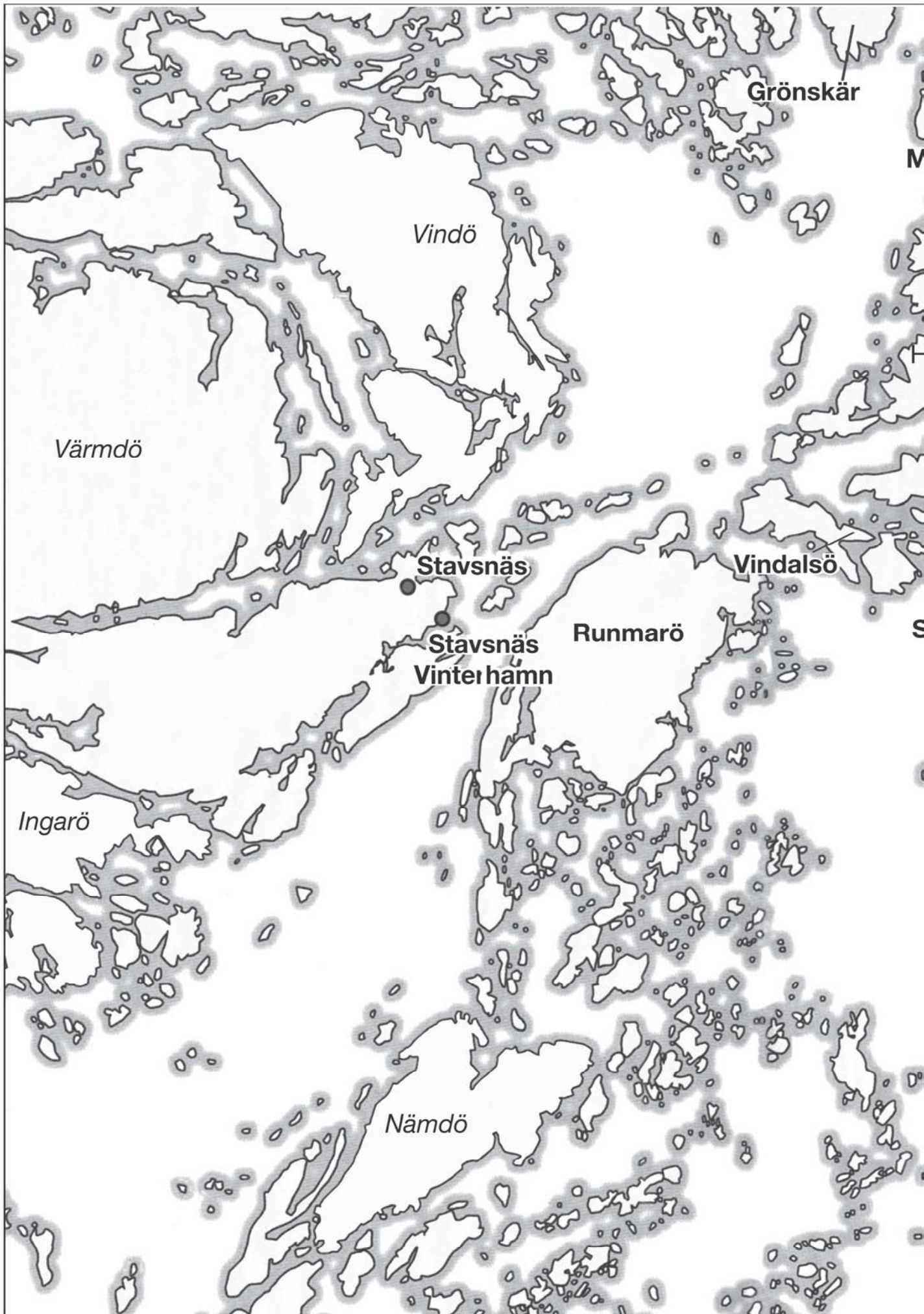
Expuesto
al peligro

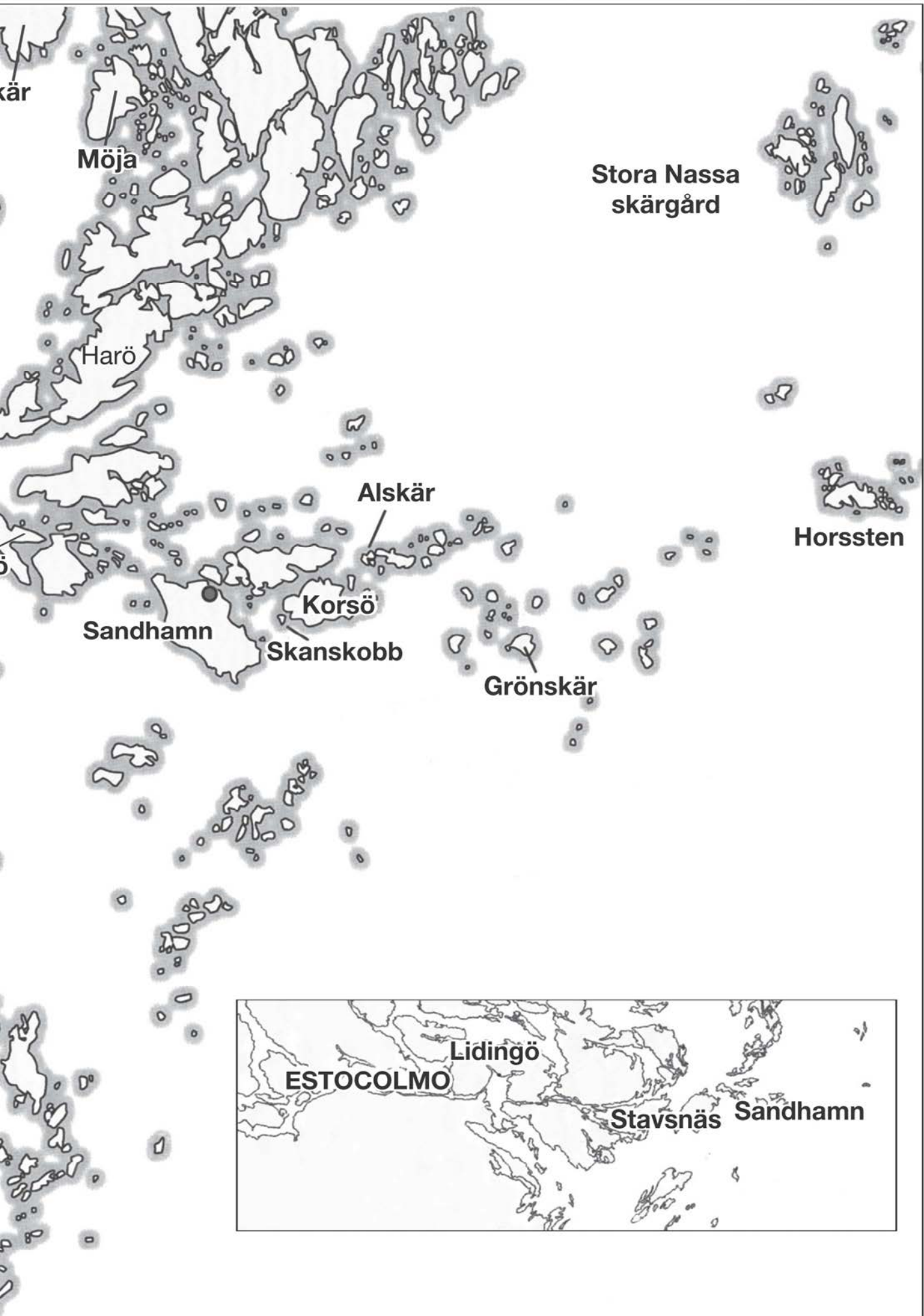
Traducción:
EVA GAMUNDI ALCAIDE

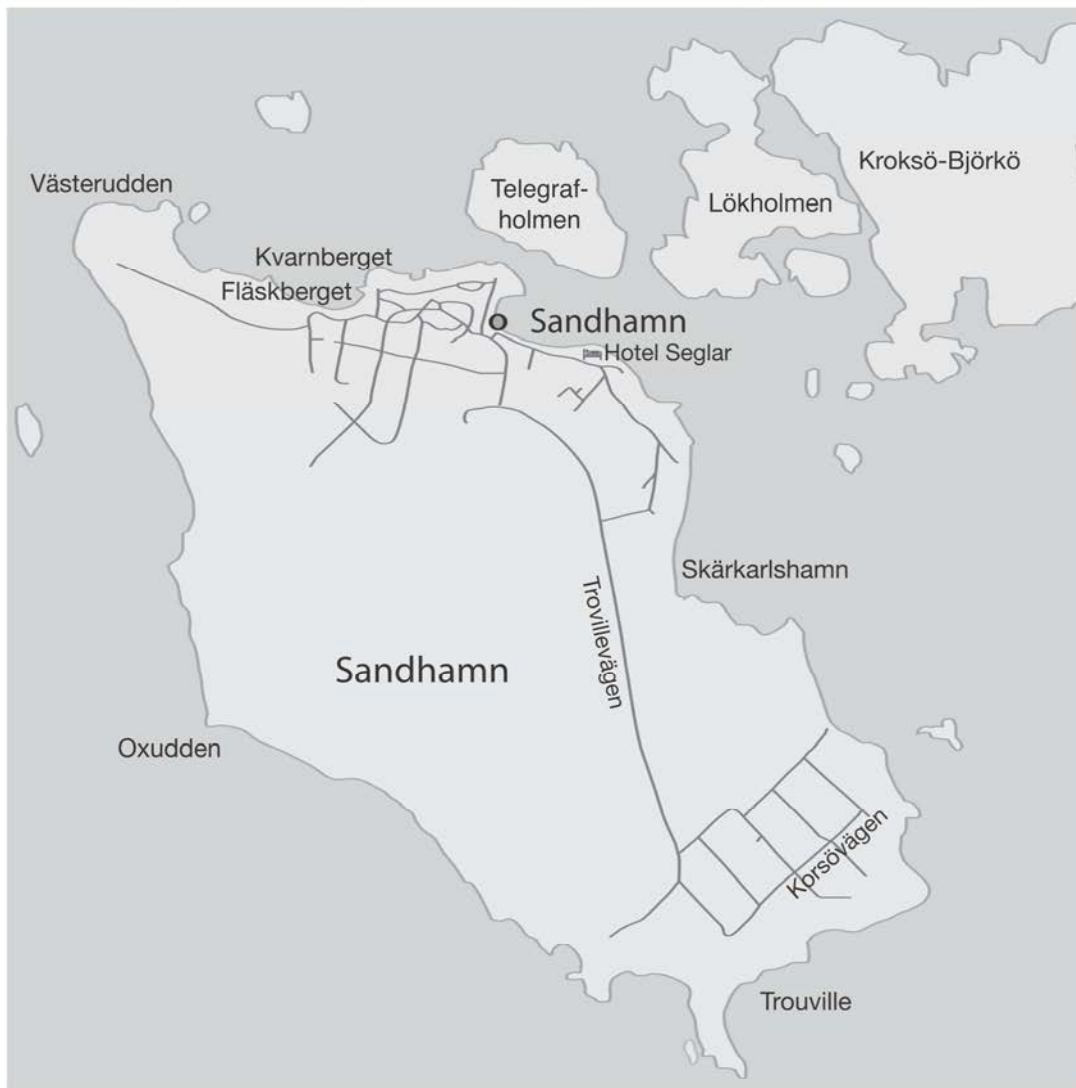


MAEVA | NOIR

En memoria de Sascha Birkhahn, 1911-2012.







La isla de Sandhamn es un pintoresco enclave del archipiélago de Estocolmo. Formado por un conjunto de 24.000 islas, está situado frente a la capital sueca y se ha convertido en una zona muy turística. A principios del siglo XVIII, tenía una población de 2.800 personas, en su mayoría pescadores. Hoy, los habitantes del archipiélago, que cuenta con más de 50.000 casas repartidas entre las distintas islas, se dividen en veraneantes y residentes que, en su mayor parte, trabajan en Estocolmo.

Originalmente la isla se llamaba Sandön, «isla de la Arena», mientras que Sandhamn era el nombre de un asentamiento situado en el noreste.

Las islas que forman el archipiélago son muy populares entre los aficionados a la navegación y son un escenario ideal para una novela de misterio como *Expuesto al peligro*.

1

Miércoles, 24 de diciembre de 2008

LO ÚNICO QUE necesitaba era llegar a Sandhamn. En ningún sitio se sentía tan segura como allí.

Jeanette Thiels repetía las palabras como si fueran un mantra mientras conducía bajo el aguanieve por la autovía. Tuvo que parpadear varias veces para apartar las lágrimas y poder ver bien. A la altura del puente de Skuru estuvo a punto de derrapar.

Dejó atrás el campo de golf de Fågelbro y el canal de Strömma. El barco salía en unos minutos, a las tres menos cuarto. Tenía que llegar a tiempo, era el último del día.

Después de una eternidad vio el puerto de Stavsnäs aparecer ante su mirada y giró hacia el aparcamiento, que estaba medio lleno. Tanteó con torpeza el mando, pero al final consiguió cerrar el Ford.

El viento le cortaba las mejillas, la temperatura había bajado mucho y haría unos diez grados bajo cero en el exterior, si no menos. Un poco más allá, unas cuerdas golpeteaban un mástil sin bandera, y en las afueras de la bahía se rizaba la espuma de las olas.

Sintió como náuseas en la garganta, pero no era el momento de preocuparse por eso.

Con la cabeza gacha, corrió hasta el muelle donde los grandes barcos esperaban en la penumbra gris. Fue la última en embarcar; retiraron la pasarela después de que subiera y, al cabo de tan solo unos segundos, el barco zarpó. Aun así, no pudo evitar girarse para comprobar si había alguien allí.

JEANETTE SE ACURRUCÓ en una esquina de la parte trasera del barco y se cubrió el pelo con la capucha, de manera que apenas se le viera la cara. Sabía que debería comer algo, pero estaba demasiado cansada para dirigirse a la cafetería de la planta superior, así que se sumió en un estado de sopor mientras, de fondo, el motor palpitaba con fuerza. La cadencia del sonido la tranquilizaba.

Le vibró el móvil en el bolsillo y metió la mano de forma instintiva, pero no tardó en volver a sacarla. No quería saber quién la estaba buscando.

—La siguiente parada es Sandhamn —se oyó desde un ruidoso altavoz—. El capitán y la tripulación quieren aprovechar para desearles a todos una feliz Navidad.

Jeanette vio ante sí a Alice y trató de contener las lágrimas. A esas alturas, Michael y ella ya debían de estar ultimando los preparativos. Los regalos estarían envueltos y bajo el árbol, y el olor a jamón y albóndigas impregnaría la cocina. Dentro de poco llegarían los padres de Michael, cargados de regalos.

Alice le había pedido que celebrara la Navidad con ellos. Fue lo último que le dijo antes de que se marchara.

—Por favor, mamá. Solo un ratito, un par de horas al menos.

Entonces Jeanette negó con la cabeza y trató de plantarle un beso en la frente, pero ella se apartó y apenas consiguió rozarle el pelo con la boca.

Los remordimientos la carcomían. ¿Por qué tenía que salir siempre todo tan mal?

Solo quedaban unos minutos para que llegaran, y se levantó en busca de los servicios.

Se sobresaltó al abrir la puerta y ver a aquella mujer lívida en el espejo. Tardó varios segundos en comprender que estaba ante su propio rostro. Tenía ojeras y la piel grisácea. Unas profundas arrugas le surcaban la cara desde la nariz hasta la boca.

«Parezco una anciana —pensó—. ¿Cuándo ha pasado tanto tiempo?»

Evitó mirar su reflejo mientras se lavaba las manos.

El sonido del motor se redujo, eso significaba que el capitán había aminorado la velocidad para atravesar el estrecho que conducía a Sandhamn.

Levantó la maleta del suelo enfangado y se colocó la correa al hombro. No había mucha gente a bordo, pero aun así se demoró para ser la última de la cola.

—Feliz Navidad —le dijo el marinero cuando le entregó el billete.

Jeanette trató de sonreírle.

Los otros pasajeros ya se habían esfumado del muelle, hacía demasiado frío como para pasar allí más tiempo del necesario. A pesar de ello, Jeanette soltó la bolsa de viaje y recorrió con la mirada aquel lugar que le resultaba tan familiar.

A lo largo del ya despejado paseo marítimo, la nieve se amontonaba entre el embarcadero y el hotel Seglar, y en la playa se veían decenas de barcos atracados para el invierno bajo lonas cubiertas de nieve.

En la parte oeste del puerto se vislumbraba el edificio amarillo del albergue con guirnaldas de luces en la fachada. Estuvo a punto de echarse a llorar otra vez al ver cómo brillaban. Se echó al hombro la bolsa de viaje y se puso en marcha.

UN INTENSO AROMA a jacintos se extendía por el interior del hotel Seglar. Detrás de un mostrador bastante alto había una recepcionista rubia con un gorro de Papá Noel. Jeanette se presentó.

—Llamé esta mañana para reservar una habitación.

La chica le sonrió con alegría y ella no pudo evitar fijarse en lo mucho que desentonaba el tono rosa del pintalabios con el color rojo del gorro.

—Cierto —dijo la recepcionista—. Bienvenida. Se alojará en uno de los apartamentos que se encuentran después de la piscina. No le tiene miedo a la oscuridad, ¿verdad?

Volvió a sonreír, como si hubiera dicho algo gracioso.

—Por desgracia, el edificio principal está completo este fin de semana, solo quedan libres los apartamentos.

Antes de que le diera tiempo a responder, la chica prosiguió:

—La cena se sirve a partir de las siete, hay que reservar mesa. ¿A las ocho le parece bien?

Jeannette asintió.

—Va a ser una cena de Navidad estupenda —comentó—. Todo lo que se pueda imaginar, con quince tipos de arenques encurtidos. Y, por supuesto, por la noche Papá Noel visitará a los niños que se hayan portado bien.

Le guiñó un ojo a Jeannette. No parecía plantearse si a una mujer solitaria de mediana edad le interesaría aquella visita.

—¿Quiere que la ayudemos con el equipaje? —le preguntó la recepcionista—. No queda demasiado lejos, son apenas ciento cincuenta metros. Tiene que bajar por las escaleras de fuera y después girar a la derecha. Siga por el camino que hay despejado de nieve, pase por delante del campo de minigolf y vuelva a girar a la derecha cuando llegue a la zona de la piscina. Se aloja en la segunda casa tras la entrada.

—Creo que me las arreglaré —murmuró Jeannette.

Los oídos le zumbaron cuando alargó la mano hacia la bolsa de viaje.

—Espero que pase una agradable velada navideña con nosotros. Mañana a las siete se oficiará el servicio del día de Navidad en la capilla de Sandhamn, si está interesada en ir. Suele ser muy emotivo.

Al fin le dio la tarjeta y Jeannette echó mano de la bolsa de viaje para irse. Pero entonces se detuvo.

—¿Voy a ser la única que se aloje en aquella zona? —dijo con voz queda.

—Espere un segundo, lo voy a comprobar.

La chica se giró hacia la pantalla tan rápido que el gorro se le torció. Frunció el entrecejo antes de volver a levantar la mirada.

—Sí, allí va a estar completamente sola.

2

THOMAS ANDREASSON, INSPECTOR de la Policía Judicial, sonrió al ver que su hija toqueteaba con curiosidad los regalos que había bajo el árbol de más de un metro de alto.

Casi todos eran para Elin, a pesar de lo pequeña que era. Cumpliría un año el uno de marzo. Pernilla y él habían acordado reducir el gasto en regalos en vista de lo que les había costado reformar la casa de vacaciones durante el otoño, pero, a juzgar por el montón de paquetes, ninguno de los dos había logrado cumplir el acuerdo. Además, habían recibido una bolsa repleta de los abuelos paternos, que celebrarían la Navidad con el hermano de Thomas y su familia. La madre de Pernilla estaba en casa de su hermana, en Estados Unidos, así que se encontraban solos en Harö.

Tampoco es que a él le preocupara mucho. Una agresión grave en torno a Santa Lucía lo había mantenido ocupado hasta las vacaciones, y ahora estaba deseando poder descansar junto a la familia. Le habría gustado bloquear la realidad, que a veces se le antojaba más ardua de lo que querría reconocer.

Thomas miró por la ventana, dos faroles que había instalado esa misma tarde relucían abajo, junto al embarcadero. La copiosa nevada de los últimos días había envuelto los islotes y los escollos en un suave manto blanco. Cuando llegaron a la isla, el frío había transformado los árboles desnudos en troncos resplandecientes con coronas que centelleaban por la escarcha.

El hielo se extendía por un trecho considerable del interior de la ensenada; si la cosa continuaba así, pasaría lo mismo que antaño, cuando la gruesa capa de hielo se mantenía durante meses y se podía ir en trineo de una isla a otra.

Ahora que lo pensaba, ¿dónde estaría el viejo trineo? Con un poco de suerte seguiría en casa de sus padres. Aquella leñera atestada contenía todo lo imaginable, décadas de cosas guardadas por si alguna vez hicieran falta.

Elin interrumpió sus pensamientos. Se meció allí sentada y extendió los brazos hacia él. La levantó y ella se acomodó satisfecha y apoyó la frente en el pecho de Thomas.

Pernilla estaba ocupada recogiendo lo que quedaba de la cena de Navidad. Ya había guardado el jamón, las salchichas y los arenques en el frigorífico, y ahora calentaba el vino especiado navideño y hacía café para el reparto de los regalos.

«Seguramente este sea el último año sin Papá Noel —pensó Thomas—. El año que viene el abuelo interpretará un papel muy importante.»

—¿Te ayudo? —preguntó al tiempo que levantaba la vista de Elin.

—No te preocupes —dijo Pernilla mientras se agachaba para sacar una bandeja de un armario—. Tú te has encargado de la comida, así que yo recojo.

Habían cortado el arbolito y lo habían decorado la noche anterior. Por la mañana, su hija se había tropezado con el árbol y lo había tirado con todas las bolas, los espumillones y demás adornos. Hubo lágrimas, pero solo tuvieron que redecorarlo. A Elin le habían dado su propio espumillón, con el que estuvo jugando hasta que se le rompió.

Thomas la sentó en el suelo y se arrodilló a su lado. Le dio un beso en la suave mejilla.

Qué bien olía.

Llevaba el pelo recogido para la ocasión con un moñito al frente, que se movía a cada salto de emoción que ella daba.

—¿Qué te parece? —dijo Thomas—. ¿Abrimos un regalito tú y yo mientras mamá termina en la cocina?

3

CUANDO ABRIÓ LOS ojos, Jeanette tardó unos segundos en darse cuenta de que estaba en la habitación del hotel. No se le habían pasado las náuseas y notaba unos pinchazos en el vientre, como calambres que iban y venían. La cama en la que se había dejado caer era mullida y amplia, y aun así le resultaba difícil encontrar una postura cómoda. Tenía el cuerpo destemplado y estaba helada a pesar del jersey tan grueso que llevaba.

¿Cuánto hacía que dormía?

Miró el reloj, casi las ocho menos cinco. Si quería comer algo aquella noche, más le valdría dirigirse al restaurante.

Le dolían las extremidades del cansancio, no sabía cómo se las iba a arreglar para levantarse.

Se oía la tele de fondo. Lo había hecho de forma automática; como reportera veterana, lo primero que había puesto al llegar a la habitación de hotel fueron las noticias. Sin embargo, no servía de nada escucharlas, no eran más que parloteos sobre las celebraciones navideñas en diferentes puntos del país. Como si justo ese día no hubiera sucedido nada importante en el globo terráqueo.

En otro momento aquello la habría indignado, pero ahora le traía sin cuidado.

Miró a su alrededor y comprobó que alguien había tratado de recrear la atmósfera del archipiélago a través de los cuadros de la pared: fotos en blanco y negro de Sandhamn a principios del siglo xx, veleros estilizados, mujeres con sombreros de ala ancha y hombres con gabanes azul oscuro en el paseo marítimo.

Jeanette cerró los ojos y se puso de pie. Volvió a sentir calambres en la barriga, trató de ignorarlos y se limitó a evocar la misma sensación de antaño: la de que aquel lugar era el más seguro del mundo.

«Abuela» pensó, y se le formó un nudo en la garganta al acordarse de los veranos de su infancia en la casa del otro lado de la isla. En los últimos años solo había estado por allí en contadas ocasiones, ahora eso cambiaría. En primavera la acompañaría Alice y se quedarían allí todo el verano.

Al día siguiente iría a la casa, allí podría reflexionar y tomar una decisión. Como antes. Siempre acudía a su abuela. Su abuela, que le traía chocolate caliente y le daba consejos certeros cuando más los necesitaba.

Jeanette entró en el cuarto de baño y se limpió la cara con agua fría, pero las náuseas no cedían; las manos le temblaban cuando se las secó.

El año anterior por esas fechas había estado en Oriente Medio, en un viaje de trabajo. Envuelta en un oscuro burka que la cubría hasta los tobillos, había realizado entrevistas en secreto a mujeres iraníes que estaban indignadas y asustadas. Se convirtieron en varios artículos extensos sobre la situación de la mujer en el país. Uno de ellos captó la atención de las noticias de la noche y el jefe de redacción se entusiasmó tanto como si él mismo hubiera recorrido a escondidas aquellos estrechos callejones envuelto en un cálido manto polvoriento.

Ese día, cuando volvió al hotel, pensó que con su trabajo marcaría la diferencia. Había llegado demasiado tarde para llamar a Alice y desearle feliz Navidad.

Aquella era la primera vez en años que pasaba esos días festivos en Suecia.

No le había quedado más remedio.

Los recuerdos la asaltaron y se le aceleró el pulso. Jeanette fue al salón a por el MacBook. Tenía que pensar en otra cosa,

librarse de todo lo que le rondaba por la cabeza. Pero cuando buscó con los dedos dentro de la bolsa de viaje, no encontró el ordenador. La abrió de par en par presa de los nervios y volvió a registrarla. Terminó por volcar el contenido en el sillón, donde fueron cayendo sin orden ni concierto bragas, pantalones vaqueros y botes de medicamentos.

Clavó la vista en el desorden que tenía ante sí mientras algo similar al pánico la invadía. Estaba convencida de que lo había metido antes de salir. Seguro que lo había guardado, pero no estaba allí.

Por si acaso, volvió a rebuscar en la bolsa de viaje, pero todo lo que encontró fue una caja de cerillas que se habría colado por algún rincón hace mucho.

¿Acaso se había olvidado el ordenador en el piso? No era posible, si siempre lo llevaba encima. Jeanette se retiró el pelo de la frente, ahora totalmente pegajosa. ¿Dónde estaría?

En el barco no, no había abierto la bolsa de viaje a bordo. Y lo habría visto si se le hubiera caído en el coche.

¿O no?

Cuando se marchó estaba tan agitada, tan conmocionada y confusa, que se limitó a arrojar lo más imprescindible y salió precipitadamente. Apenas le dio tiempo de echar la llave.

Soltó un sollozo. ¿Cómo pudo haberse olvidado el ordenador después de todo lo que había sucedido?

De pronto le entraron ganas de fumar, a pesar de que había decidido dejarlo de verdad. Seguramente le quedarán un par en el paquete que tenía al fondo del bolso. Ya cumpliría con su promesa otro día.

Un letrero en la pared le recordó que se alojaba en un apartamento para no fumadores. Así que debía salir después de todo. ¿Tendría fuerzas para ello?

Se estremeció al oír un ruido al otro lado de la pared, parecía el sonido de una puerta cerrándose. ¿Sería un montón de nieve

que se había caído desde el tejado? ¿No le había dicho la recepcionista que estaba sola?

Jeanette se giró. Reinaba el más absoluto silencio. Se lo habría imaginado, seguro que sí.

Las náuseas volvieron y notó un sabor metálico en la boca.

Las cortinas estaban echadas. Cuando describió una de ellas, cayó en la cuenta de que fuera la oscuridad era total, ni siquiera el manto de nieve que cubría el suelo conseguía aliviar la negrura.

Descubrió las aldabillas de las ventanas despacio, como si alguien se lo hubiera pedido. Unos metros más abajo comenzaba el tejado del siguiente apartamento, que estaba cubierto por una gruesa capa blanca muy parecida a la del suelo.

Jeanette abrió una rendija y se estremeció al sentir la ráfaga de aire gélido que entró con fuerza. Hizo caso omiso y trató de escuchar el rumor del mar. El agua quedaba a tan solo unos treinta metros, igual que en casa de la abuela. Recordó el sonido de las olas, cómo crepitaban cuando rompían en la orilla.

Siempre le había encantado la sensación de encontrarse en los límites del archipiélago y contemplar el mar, que nunca llegaba a serenarse del todo. A veces soñaba con extensiones de agua y que ella se hundía hasta el fondo, que se adormecía entre algas ondeantes y rodeada de peces que nadaban raudos de un lado para otro.

Pero nunca tenía miedo, nunca en casa de la abuela.

El frío arreció y Jeanette se volvió a estremecer. Giró la cabeza y miró por la otra ventana, que daba a la entrada. Los apartamentos vecinos estaban a oscuras y el farol sobre la puerta apenas conseguía iluminar a su alrededor. Fuera del cono de luz solo había oscuridad y sombras.